

CRITICA LITERARIA

POR DOMINGO MELFI

EL AMOR A LOS LIBROS

No es paradoja. Hay también la tragedia del libro. No por cierto la del libro zaparrastoso que se encuentra en las librerías de viejo, con la huella en sus páginas de cien manos arcaicas y modernas, con las tapas roídas, con las hojas dobladas, con señales de lágrimas, de golpes, de bichos asesinados de un golpe, en la noche, contra la pared. Esa es la tragedia física, alimentada por cien pequeñas tragedias de lectores. Pero no nos referimos a ésta.

A la que queremos aludir es a la del libro que no se vende o no circula. Y no porque el libro no lo merezca sino porque el lector no se encuentra en parte alguna. El libro podría saltar del escaparate a la acera y rea-

lizar un viaje de exploración pirandelliana a través de innumerables calles y casas en busca del lector desapacible y desaprensivo. Pasarían muchos días de trajines y escazeos, de llantos y melancollas, y el libro retornaría al fin, como un navegante decepcionado al puerto enalunado de donde saliera tan ufano y ríjoso. Nos explicamos la ironía de los otros libros al verlo volver, caídas las páginas —no los brazos— con un pliegue lamentable en sus labios —en las hojas dobladas— con un gesto definitivo desaliento en sus ojos —la tapa tan finamente dibujada—. Ironía de sabios que ya están de vuelta y que no se aventuran por no sufrir nuevos desengaños.

Y conste que la inteligencia ha caminado mucho, en este tiempo de tan desenfundada cultura. Se asegura que se lee mucho, que se analiza mucho, que la producción no basta para

calmar la sed irrefrenable de cultura que domina en nuestro ambiente. Un escritor, no recordamos cual, nos dijo un día que tenía deseos de tomar todas sus obras publicadas, hacer con ellas un montón y darle fuego. Toda esta escena debía verificarse en una gran plaza pública. Conste también que este escritor es de los más leídos, pero no en la medida necesaria o equivalente al valor intrínseco de sus libros.

La pasión por el libro tiene caminos bastante categóricos. El amor por el libro es en definitiva el amor por el espíritu del libro. Carece de importancia el hecho de leerlo. Cobra una y desmenguada, cuando del fondo de las páginas brota la influencia que envuelve al lector y luego a otro y más tarde a centenares y todos juntos forman una atmósfera, una vasta red que abarca miles de conciencias. Entonces el libro cumple su desti-

no. Esta acción invisible y profunda, no es de las más frecuentes, entre nosotros. Hay personas que presumen de cultas y que, sin embargo, no tienen noción de los libros que se publican en su país. Desconocen todos los sacrificios que representa la preparación, realización y publicación de un libro. Y pasan desdenosos por encima de él, con un aire de perdona vidas bastante cómico. Tampoco son devotos del libro extranjero, que apenas conocen por las tapas. El fenómeno parece contradictorio si atendemos a la cantidad de editoriales que existen. Pero es que el amor al libro es una pasión que se crea lentamente, que se infunde desde muy temprano y que tiene sus raíces en un respeto hacia el pensamiento del cual carecemos en una medida muy manifiesta. El respeto al pensamiento, a la reflexión, constituye la medida de la energía espiritual. A mayor sentido

limpio de la naturaleza sensible, corresponde un volumen más denso de capacidad admirativa. Y entre nosotros se hace ostentación de lo contrario: del desdén por todo lo que se relaciona con la literatura nacional. Existen sectores sociales afectos pero no son muchos. Grupos de lectores comprensivos, pero son escasos. Una experiencia bastante elocuente puede lograrse visitando las casas en que suele verificarse un remate. Se incluye en este remate la biblioteca del dueño. Raros libros chilenos. Del siglo XIX varios. Pero de los modernos, nunca un título, aun de aquellos que han logrado más fama. En cambio mucha obra francesa antigua; numerosas ediciones de novelas románticas o amorosas; algunas frenéticamente amorosas.

Es cierto que Chile es un país positivo, un país de realidades. Por lo menos así lo expresan algunos psicólogos de la raza. In-

glaterra y Estados Unidos, son según tenemos entendidos, países con mayor y más desarrollado espíritu positivo. Pero el sajón es un lector empedernido. Un lector que establece afinidades delicadas entre el decorado y el placer de la lectura. Queremos decir que el lector sajón crea una fina resonancia entre su intimidad y el libro. El libro penetra en su hogar y allí ejerce un dominio seguro y elocuente. Forma entre los penates y sabe que su lectura le será siempre provechosa, porque le enseñará cosas inesperadas y atractivas. En seguida el libro de su raza le dirá palabras de intimidad de su propia raza y le rectificará algunos puntos oscuros. De esa intimidad entre la obra y el hombre ha nacido una tradición rica, una voluntad sorprendente de acción y de admiración.

Nosotros estamos como en el primer día de la creación. A distancias estelares unos de otros

Y esto porque hemos realizado en nosotros mismos la parábola plebeya del "escupir por el colmillo" en materia de cultura. Estamos al cabo de la calle en todo y creemos que el pobrecito de Chile que escribe y traza garabatos en un papel y luego los lleva a la imprenta para que con ellos se forme un libro, no es más que un pobre diablo.

Son más socorridos los libros de andrajosas novelistas cursis, que los libros chilenos.

Se prefiere todo lo más detestable de afuera con tal de tener etiqueta extranjera, a lo que realizamos dentro de Chile. Ya sabemos lo que podrían replicar no: ¿Pero quién tiene paciencia para leer esos abominables libros nacionales? ¿Qué paladar por más tosco que sea puede resistir, sin atragantarse, ese manjar literario que fabrican en Chile como los pequeños, con pino de cebollas y carne molida?.

Por estas y otras razones he-

mos escrito hoy sobre esta tragedia ignorada y sin patente ni pie de imprenta. La tragedia del libro tras el lector. El libro que corre desalado como otro ser mitológico, como una especie de fenómeno intraducible en signos humanos. La naturaleza del ambiente es impermeable, por ahora, a la voluntad de estimación literaria. No acepta crear tradición. No quiere fortalecer la intimidad que crearon razas y pueblos más adelantados que el nuestro y que ahora cosechan los éxitos que nosotros quizá cuánto tardaremos en recoger. De aquella intimidad entre el hombre de acción y el espíritu de un pueblo nacieron las grandes empresas colectivas y los valiosos ímpetus raciales. De esa intimidad brotaron las energías sabiamente orientadas. Nuestro individualismo de salivazo por el colmillo, no nos da otra cosa que petulantes estériles y materialistas atosigados de supercherías imitadas de otras regiones.

D. M.